

SERMON
DE SANTIAGO APÓSTOL.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Visitavit nos per sanctum suum apostolum.
Nos ha visitado por medio de su santo apóstol.
La iglesia en la fiesta de Santiago.

El primero de los apóstoles que derramó su sangre por Jesucristo : ved aquí el mas digno elogio que se puede hacer de Santiago en la cátedra del Espíritu santo. Despues de tantos siglos como hace que las bóvedas del santuario resuenan con las alabanzas de nuestro apóstol, ni los rasgos sublimes de la elocuencia, ni los mas célebres oradores han podido hacer en sola una cláusula un panegírico tan completo. Aquel Dios de sabiduría y de luz, que solo concede sus favores á los que hace dignos de merecerlos, llamando á este santo apóstol al mas alto y sublime ministerio, confía á su celo el cuidado de regir aquel pueblo nuevo y santo que habia de formarse y robustecerse con la efusion de su propia sangre. Considerad un alma intrépida que no asustan los mas vastos planes, ni la atemorizan los mas difíciles proyectos ; no la cansan los trabajos, ni la intimidan las desgracias ; que todo lo emprende desafiando á los peligros ; que mirando con igual indiferencia las dificultades de una empresa y la gloria de su consecucion, cuenta siempre con la victoria, porque mira como felicidades las desgracias y los padecimientos. Figuraos un entendimiento tan claro y superior en luces, que disipa todas las nubes, destierra las preocupaciones, destruye los errores, hace callar á las pasiones, humilla el

orgullo de la ciencia, cautiva la razon y muda todas las ideas del espíritu. Contemplad un hombre que desde el momento de su vocacion permanece con Jesucristo, que hace sus veces en la tierra, y es maestro, oráculo, árbitro y juez del mundo, y tendreis una idea, un bosquejo, bien que humilde, del grande apóstol de las Españas, del primero de los hijos del Zebedeo y de María Salomé, ornamento y gloria de la nacion española, y el primero que ha ennoblecido la iglesia plantándola con sus trabajos, y sellando la fe de Jesucristo con su sangre.

Paseándose Jesus por la ribera del mar de Tiberiades, vió á los dos hermanos san Juan y Santiago echando sus redes en compañía del Zebedeo su padre, y los llamó para que le siguiesen dejando el barco y á su padre, como poco ántes hicieran san Pedro y san Andres, prometiendo hacerles pescadores de hombres. ¡Oh portento de la gracia ! No consultaron, no se detuvieron, no dudaron á la voz de Jesus, y sin pensar en las dificultades y peligros de su resolucion, cual otro Abraham, aprecian mas la obediencia del mandato divino que los lazos de la carne y de la sangre ; dejando todo lo que tenian, abandonan hasta las esperanzas de tener, y todos los intereses del mundo por ser perfectos discípulos de Jesus. No deben ser otras las disposiciones de los verdaderos cristianos, oyentes míos ; nuestro sacrificio debe ser tan completo como el de los hijos dichosos del Zebedeo. Así lo hemos prometido solemnemente, y con este fin nos concede la vida el mismo que nos llamó como á Santiago y san Juan, para que seamos partícipes de la herencia celestial con ellos, si renunciando á las pompas del siglo no tenemos apego alguno á las cosas terrenas, prontos á dejarlas cuando así lo exige la gloria de Dios. Así es que el divino Salvador distinguió á Juan y Santiago con muy singulares favores sobre los demas apóstoles. Asistieron y ayudaron á sacar la red cuando la pesca milagrosa de Pedro y Andres : presenciaron la curacion de la suegra de san Pedro, hecha por Jesucristo : asistieron cuando resucitó á la hija de Jairo ; ellos formaron parte del colegio apostólico. A estos dos hermanos dió Jesus el renombre famoso de *hijos del trueno*, tal vez indicando el celo ardiente que manifestarian despues por el honor del divino Maestro. Ellos fueron testigos de su transfiguracion, agonía y sudor de sangre en el huerto de las olivas. Santiago, el mayor de estos dos felices hermanos, hácia el año 30 de Je-



Jesucristo dió principio al sublime ministerio de su mision. Ah! basta examinar su gloria para formar su panegírico.

Adornado este apóstol con aquellas virtudes heróicas que vencen los peligros y disponen los felices sucesos; con las virtudes sin las cuales suele ser el ministerio peligroso y funesto para el ministro, y estéril para los pueblos; no ménos adornaban su alma generosa una verdadera y segura vocacion, una fidelidad pronta en seguir la gracia de la vocacion, y un amor acendrado y tierno á Jesucristo. Luego que el Señor le llama para evangelizar á las naciones, obedece prontamente á su voz y entrega todo su corazon y todo su amor al Dios que le llama. Examinad conmigo, católicos, los pasos de este grande apóstol; nada os diré que no sea una constante verdad. La injuria de los tiempos nos ha privado por desgracia de muchas noticias de sus combates y triunfos. Así que, respetando las tinieblas que la distancia de los siglos ha esparcido sobre sus gloriosas acciones, dignas de eterna memoria, solo podemos recoger los preciosos fragmentos que la santa Escritura y la tradicion respetable nos conservaron: y en ellos hallaréis virtudes heróicas que admirar y nobles ejemplos que seguir. El aniversario de su triunfo es de muy grata memoria para Zaragoza y demas provincias de España, singularmente favorecidas por Santiago, que cruzó el reino católico de oriente á poniente y de norte á mediodía con asombrosa rapidez, digna solo del *hijo del trueno*; que despues de sembrar la semilla del Evangelio en todos los campos de la Hesperia, se volvió á Jerusalem á coronar su carrera con la palma del martirio, llevando consigo como primicias de este reino á sus queridos discípulos Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Eufrasio y Hesiquio, obispos ordenados poco despues por san Pedro. El reconocimiento de los españoles no podrá ménos de ser grande, si llego á probar que al celo ardiente y al tierno amor de nuestro apóstol debe la España su vocacion á la fe, y una predileccion especial sobre todas las naciones que ha conquistado para Jesucristo, lo cual espero haceros ver con los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen santísima á quien saludamos con el ángel.

Ave María.

Si el celo por la conversion de las almas, el ejemplo que ga-

na los corazones y el valor que arrostra todos los peligros, aseguran los felices sucesos del ministerio apostólico, desde luego se ostenta á mi vista el mayor de los dos hijos del Zebedeo como el campeon mas illustre de la fe. ¿Qué celo mas puro, mas activo, ni mas libre de los fines profanos que el de nuestro santo apóstol? Paso en silencio, con un célebre orador de la Francia, los primeros ensayos de su apostolado en vida de Jesucristo; no haré mencion de sus viajes, sus evangélicas misiones á las ciudades de Israel y de Judá y á los campos de Samaria; unas veces acompañando á Jesucristo y aprendiendo en su divina escuela el arte de iluminar los espíritus y mover los corazones; otras veces solo, sin otra guia que los ejemplos que habia recibido del divino Maestro; pues que mi intento es el presentaros á nuestro querido patrono en un teatro mayor. No parece sino que la gloria y el honor de Jesucristo habian espirado tambien en la cruz, y que bajaron con el Señor al sepulcro; pues que los escribas y fariseos se congratulaban por el mayor de todos los delitos. ¿Por qué motivo unos discípulos tan celosos de la gloria de su maestro se detienen sin atreverse á confundir en público aquella estirpe maldita, raza de víboras, como la habia llamado el mismo Dios? Ah! es que aun no habia venido del cielo el espíritu de fortaleza que les habia prometido ántes de su gloriosa ascension; aun no era llegada la hora prefijada en los consejos eternos para la conversion del universo. Llega por último el venturoso momento, y penetrados con el ardor de la llama pura que súbitamente los iluminó, salen del cenáculo mudados en otros nuevos hombres. Hablan, truenan y ablandan los mas empedernidos corazones. En vano los príncipes de las naciones quieren detener su celo con amenazas y temores; responden con fortaleza singular y heróica, que su respeto á la autoridad humana no puede ni debe impedir el cumplimiento de su mision, porque primero es obedecer á Dios que á los hombres. Si los condenan á los mas ignominiosos tormentos y suplicios, su gozo es completo, porque se tienen por dichosos en participar de los oprobios de Jesucristo.

Ibant gaudentes.

Estos prodigios y triunfos del celo, bien que sean comunes á todos los apóstoles, no por eso dejan de formar el mérito personal del apóstol de las Españas: pues un discípulo que tanto se señaló en el amor de Jesucristo no pudo ménos de distin-

guirse tambien en el cielo por sus intereses y su gloria; y no se hubiera dirigido contra él el primer furor de los judíos, si no hubiera manifestado el mayor celo entre todos los apóstoles, en sentir de san Juan Crisóstomo. Su constancia, su desprendimiento y su ardor resaltan maravillosamente, considerando el país que fuera objeto de sus primeros trabajos apostólicos. No ya, cual un día, es nuestro apóstol el discípulo ambicioso que aspiraba á los primeros destinos en el reino de David; sino el mas fiel imitador de un Dios crucificado. Así es como elige el apostolado mas oscuro y penoso, la tierra que mas necesita de sudores y ménos frutos promete: el pueblo mas indómito y bárbaro, la Judea sacrilega y deicida; el Israel ciego, que habiendo dado la muerte al divino Jesus, cifra las esperanzas de sus discípulos en aumentar el número de las víctimas que há tantos siglos está sacrificando al furor de sus pasiones; el país en fin mas fecundo en padecimientos y contradicciones y mas estéril en felicidades, es el primer teatro de sus afanes apostólicos, así como es el que le dió por último la corona, despues que la misma obstinacion de los judíos le hizo llevar el reino de Dios á las regiones de occidente. Tal era la suerte que tocó á nuestro amado apóstol, cuando los discípulos dividieron entre sí la conquista del universo.

Vengan hoy aquí aquellos hombres vanos y ambiciosos, que por miras puramente terrenales escalan, por decirlo así, los muros de la ciudad santa, entrando en la iglesia con fines de sórdido interes, y profanándola con una vida escandalosa, á quienes únicamente la codicia estimula á buscar en el santuario los honores y opulencia que les niega el siglo; que oscurecen su nacimiento descollando en vicios en vez de sobresalir en virtudes, y solo quieren adornar su noble cuna con las cuantiosas rentas del santuario, con el depravado fin de ostentarse á los ojos del mundo cercados de fausto y de opulencia.... vengan aquí esos pastores falsos y sordos al eco tremendo de la trompa de Ezequiel, esos lobos vestidos con piel de oveja, tan indolentes y perezosos, que dejando perecer de hambre los párvulos comprendidos en los lamentos del Profeta, niéganse á todas las acciones pastorales en que léjos de una vana reputacion, se ganan almas para el cielo; esos genios malvados é intrusos sin mas vocacion que la torpeza del egoísmo, que son los que parece autorizan la crítica de los impíos, que gritan di-

ciendo que la iglesia se ha convertido en asilo del ocio y del regalo; bien que tales murmuraciones solo sean la expresion del sentimiento de Júdas el traidor. Vengan esos hombres voluptuosos y soberbios, atormentados por la fiebre cruel de la avaricia, de la lujuria, de la ambicion y de la ira, segun el pensamiento de san Ambrosio.... vengan hoy á la escuela de nuestro querido apóstol, y aprenderán que la primera virtud de un buen sacerdote, de un buen pastor, de un varon apostólico, es temer y huir los honores; su principal derecho el abatirse y humillarse; su obligacion el padecer por Jesucristo, y no desear bien alguno sobre la tierra; su mérito principal olvidarse de sí mismo, sin otro pensamiento que la salud de las almas, y su gloria mayor el ejemplo que persuade, mueve y gana los corazones.

Desengañémonos los sacerdotes; el olvido de las máximas que acabo de enunciar, practicadas por el apóstol de las Españas, el menosprecio de la doctrina social del Evangelio, ha convertido la Europa en un monton de cenizas, y sus restos miserables fueron anegados en lagos de sangre humana. Tan cierto es que solamente la santidad tiene poder para hacer santos: la virtud de los pastores es la fuente de donde mana la virtud de los pueblos; y todas las lecciones serán estériles y vanas, si no se apoyan en el ejemplo de los maestros. En estos prodigios de santidad se ha fundado la conversion del universo. Si esto es cierto ¿qué santidad se presentó á los ojos del mundo mas elevada y admirable que la de Santiago el Mayor? Le adornaron las virtudes mas puras y sublimes, las virtudes mas difíciles y austeras, unas virtudes tan superiores al hombre, que ignoradas de la ley antigua, solo fueron admiradas en el Evangelio; de estas virtudes que ni aun se atreve á deseñarlas el corazón, ni apénas puede formar una idea de ellas el entendimiento, dió nuestro apóstol un extraordinario ejemplo al mundo. La virginidad, esa virtud hermosa que Jesucristo habia de predicar al siglo, estaba reservada, dice san Epifanio, para que Santiago y san Juan su hermano fuesen los primeros que con su ejemplo diesen á conocer al universo la perla mas preciosa del cristianismo. Vivió, dice el mismo, siempre soltero, con mucha templanza y mortificacion, sin comer carne ni pescado, sin mas vestido que una sola túnica y una capa; santo en fin y ejemplar en todo su trato y conversacion.

Y nosotros, amados católicos, nosotros los españoles ¿mira-

rémolos con apática ingratitud los sudores y trabajos que ha costado á nuestro divino apóstol el cultivo de esta viña del Señor? Enalzando el príncipe de los apóstoles la dignidad excelsa de los cristianos, habla con los hijos de esta nacion privilegiada, diciéndoles: vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, la gente santa, el pueblo de adquisicion, para que publicéis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Así que la España no puede ménos de recordar el beneficio inefable de su vocacion al catolicismo, y el perpetuo reconocimiento que debe por ello á Dios y al santo apóstol. Ah! pluguiese al cielo que yo poseyera el saber profundo y la robusta elocuencia de un san Leandro, cuando en el concilio IV de Toledo pronunció su célebre homilía, en accion de gracias por la conversion de Recaredo; mas ya que no tengo uncion santa, no me faltan al ménos sus deseos. Y me anima tambien el convencimiento íntimo de que la misma novedad y grandeza del asunto y lo que tiene de tierno y piadoso, no podrá ménos de cautivar la atencion de los verdaderos hijos de la nacion española. Al recuerdo de su vocacion á la fe y de su llamamiento á la iglesia, don el mas grato y excelso que hemos recibido del Dios de las misericordias, ¡beneficio grande! ¡beneficio asombrosísimo! don precioso y divino á que solo podemos corresponder con la oblacion del Cordero immaculado, los españoles, por medio de nuestro querido pastor, el apóstol Santiago, hemos visto la nave que ha salvado el mundo, y poseemos lo que ni vieron los ojos, ni los oídos oyeron, ni pudo imaginar el corazon humano. Sin la fe es imposible agradar á Dios, y la verdadera fe solo se halla en la iglesia católica, apostólica, romana. Así como fuera del arca nadie se salvó del diluvio, fuera de la iglesia nadie se salva del diluvio del pecado y del infierno. ¿Cuál pues no debe ser el reconocimiento de los españoles, á quienes ha visitado el Señor por medio de su amado apóstol? ¿Cuál no deberá ser el gozo y gratitud de la España católica, favorecida por su divino patrono con exclusion de innumerables pueblos y naciones que yacen aun en las tinieblas y el error?

Demos gracias á Dios con el apóstol, amados oyentes, que nos hizo participantes de la suerte de los santos en la luz; que nos libertó de la potestad de las tinieblas, trasladándonos al reino del hijo de su predileccion; por el cual tenemos la re-

dencion y remision de los pecados. Juzgando el santo rey David que no bastaba él solo, convida á todas las naciones de la tierra en nombre del cristianismo, á que le ayuden á dar gracias á Dios por un don tan singular. ¿Qué deberemos pues hacer nosotros, hermanos míos? Pasmosa dignacion es la que ha usado con el pueblo que nos vió nacer, á la cual debemos la excelsa dignidad que nos honra como hijos de la iglesia; nos ha sacado por medio de tan ilustre apóstol de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, y de la muerte á la vida; nos ha escogido en su misericordia de entre muchos millones de infelices, como son los gentiles que no le conocen ó los impíos que le persiguen; nos ha plantado en una tierra fecunda en frutos celestiales. Gracias pues tenemos que rendirle sin cesar á todas horas, como se las daba san Agustín, porque nos ha sacado de las tinieblas y sombras de la muerte, ilustrándonos con las luces del Evangelio. Ved aquí el lenguaje de los santos, y el mismo debe ser nuestro continuo lenguaje, que deseaba inspirar el apóstol á los judíos, mandando á los nuevos cristianos de la iglesia naciente que publicasen agradecidos las grandezas de Dios, al dulce recuerdo de que usando el Señor de sus antiguas misericordias, separó por medio de Santiago la gran familia española de la oscura noche del paganismo, y la colocó en el claro y sereno día de la verdadera fe. Sí, católicos: por su mediacion es la España la herencia de María santísima, y la reina de los ángeles es la reina de los españoles, á quienes ha mirado siempre con predileccion singular, desde la ereccion del monumento del Pilar de Zaragoza por Santiago y sus discípulos. Empero ¿cuál es nuestro reconocimiento á tan inefables favores? La España, es verdad, ha correspondido á su vocacion, hasta merecer sobre todas las naciones el renombre glorioso de *católica*, pero no basta responder á la vocacion; es preciso perseverar. O dolor! ¡qué cuadro tan sombrío se ostenta á los ojos del pensador cristiano!

Bien conocia el espíritu de las tinieblas que los españoles nutridos por tantos siglos con la doctrina del cielo, serian sorprendidos en sus lazos, admitiendo los atractivos seductores de la doctrina humana. El halago de la novedad tan peligrosa en cosas de religion y admitida sin cautela, debia tarde ó temprano producir en los entendimientos aquel procaz racionalismo

que abortara todos los desastres de la revolucion francesa, y que por medio de las herejías del Norte serian un tiempo lanzados en los abismos de la incredulidad. Sabido es que nació esta en la Bretaña, y que acogida con avidez pasmosa por la Francia, ha formado en el reino vecino aquel horrible volcan cuya lava desoladora, cortados los diques que la contenian, ha cubierto de ruinas el suelo español. Verdad lastimosa que contempla atónito el universo, comparando la España del siglo XVI con la España del siglo XIX. El hundimiento de la sociedad española es inevitable, habiendo madurado el germen mortal que se dilatara por la Península con espantosa rapidez y bajo una forma nueva y seductora.

Hasta nuestro siglo la religion era combatida tan seriamente como merecia su augusta majestad, en la insensata ilusion de sus encarnizados enemigos. Empero el siglo XVIII la atacó con la risa. Esta pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones, de los gabinetes á las gradas del trono: se la vió á la risa en los labios del sacerdote, apoderóse del hogar doméstico, tomando asiento entre la madre y los hijos. ¡Oh grande y pacientísimo Dios! Y ¿de qué se reían todos? Reíanse de Jesucristo y del Evangelio, y aun sigue riéndose la España: ... ¿qué hará Dios? Los sucesos contemporáneos me inspiran reflexiones tristísimas sobre el porvenir de la nacion católica.

Oh insensatos gálatas! quién os ha fascinado para desobedecer así á la verdad! Vosotros ante cuyos ojos ha sido representado Jesucristo como crucificado en vosotros mismos! Con tan sentidas expresiones, hijas del mas acerbo dolor, reprendió el celoso Pablo la ingratitud de los fieles de Galacia, porque una vez convertidos á la verdad á costa de sus muchos trabajos y apostólicos afanes, habian vuelto segunda vez al error. ¿Con qué palabras no nos podrá echar en cara nuestro querido apóstol Santiago el ingrato desprecio con que pagamos los españoles los sudores con que ha regado esta viña que le diera el Señor, y que en vez de dulce vino, solo produce el agraz de la mas horrible ingratitud? El amoroso pastor de la España que en diversas épocas ha defendido el honor y los intereses de sus hijos, visitándonos Dios por medio de su visible proteccion, puede hoy preguntarnos lleno de amargura, ¡oh españoles! ¿quién

os ha fascinado y seducido para volveros contra el cielo y perseguir á Jesucristo con mas furor que los paganos y los herejes? Vosotros felizmente separados por mi celo y mi amor de la ciega y estúpida idolatría, discípulos ya del Evangelio, ovejas del buen pastor, hijos dóciles de la iglesia, engendrados en su seno, nacidos en su regazo, alimentados á sus pechos, robustecidos con sus sacramentos, gobernados por sus ministros, nutridos y aleccionados con su sana, pura y sólida doctrina; vosotros ahora rasgais el corazon amoroso de esta buena madre; despedazais sus entrañas; despreciais su autoridad; desechais sus sacramentos; no reconocéis con la veneracion que se le debe á su jefe superior: no vivis ya del espíritu de Jesus; no sois miembros de su cuerpo místico; no sois verdaderos fieles católicos, sino peores que los gentiles; vivis como los herejes y los impíos; sois ya unos secos y estériles sarmientos de la verde y lozana vid Cristo Jesus.

En vista de esto ¿podremos ya de hoy mas contar con la paciencia de Dios? ¿No hay razones gravísimas para temer que el árbol de la fe se trasplante á otras regiones mas agradecidas al primero y al mejor de todos los beneficios? ¿No es de temer que el labrador divino arranque de entre nosotros su amada viña y la traslade á otro terreno mas jugoso y mas fértil? Terrible seria, empero justo castigo de la insensatez española; mas no: un reino que ha tomado María santísima bajo su soberana proteccion, que marcha bajo la tutela de un apóstol tan grande no debe perecer. Dios podia castigar su abandono dejándole perecer en manos de la impiedad y del error. La España cual otras naciones podia lamentar su desgracia eterna, pero las calamidades y revoluciones que por tantos siglos la trabajaron hasta hoy, no fueron sino las amorosas correcciones con que el gran Padre de familia llama á sus hijos de los caminos de la perdicion en que se extraviaron, como el pródigo del Evangelio; y son pruebas inequívocas de que no quiere mas que su conversion y felicidad. Campos de Zaragoza, Baeza, Coimbra, Simancas y Clavijo, decid vosotros, si visitándonos el cielo por la inmediata proteccion de María y de Santiago, ha deseado nunca otra cosa que la ventura y gloria de los españoles. Lavando sus culpas como los delitos del vecino reino con la majestad del infortunio y de la espiacion, ha resuelto salvar la España por los méritos de su Madre divina y mirando á las virtu-

des de su grande apóstol, que ni en vida ni aun despues de la muerte ha querido desampararlos.

Sí, católicos: las heróicas virtudes de Santiago han empeñado al cielo en nuestro favor: pues que no solo fué el modelo de las almas vírgenes, sino tambien el ejemplo de las penitentes, entregándose, amen de los trabajos evangélicos, á continuas vigiliass, abstinencias y rigurosos ayunos. Quanto el Egipto y la Tebaida admiraron en sus solitarios, lo habia admirado ántes el mundo en nuestro apóstol, extenuado y consumido con las peregrinaciones, trabajos y persecuciones que ha padecido por nuestra felicidad. Finalmente para que nada faltase á la gloria de sus triunfos, despues de ser ejemplo de aquel celo purísimo que abrasaba su generoso corazon por la conversion de las almas, fué modelo admirable de aquel valor tan heróico que da la vida por amor de Dios y de los hombres, pues el primero de los apóstoles que selló con su sangre la divinidad de la religion, fué Santiago. Aprisionado y atado como su divino Maestro, es conducido al tribunal por la inicua órden de un rey tan voluptuoso y cruel como Heródes; nada contestó á la acusacion que se le hizo, porque su delito delante del rey tirano era ninguno, y ante la sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo con tanto ardor, que tal vez la fogosidad de su celo diera ocasion al impío monarca para complacer al pueblo de los judíos apagando este rayo del celo apostólico. Así que á los diez años de la muerte de Jesus y en el mismo dia en que murió el Salvador del mundo, nuestro querido apóstol, doblando su cuello ante el hacha del verdugo, recibió el golpe que separó del cuerpo su preciosa cabeza; pero con tal presencia de ánimo, que se convirtió á la fe su mismo acusador, y mereció en el acto la corona del martirio. Luego que sus amados discípulos españoles pudieron recoger el cuerpo de su querido maestro, sacrificado por Heródes, trataron de volverse á su patria con esta inestimable prenda: y embarcándose en un puerto del Mediterráneo, y rodeando una gran parte de la Europa, desembarcaron en otro del Océano en la provincia de Galicia en España: depositaron el santo cuerpo en el pueblo de Iria-Flavia, donde permaneció oculto un tesoro tan precioso hasta que fué descubierto en 813 por el piadoso rey de Leon D. Alonso el Casto, que le trasladó al de Compostela, hoy ciudad de Santiago, donde existe para ser el consuelo, el amparo y la mas dulce esperanza de los fie-

les que la devocion de visitarle lleva de todas las regiones del mundo. Empero con un amor muy especial se ostenta, como lo hizo en todos tiempos, el muro de defensa de los españoles que le han venerado siempre, como un firmísimo escudo contra todos los enemigos, no solo de su fe y bienes eternos, sino tambien de sus glorias y bienes temporales. La fama, la historia, los santos padres, la tradicion, la misma iglesia dan todos testimonio de que Dios nos ha visitado, sacándonos de las tinieblas á la luz por medio de su amado apóstol y padre de nuestra fe, á quien por tanto se lo debemos todo.

Ha consumado, por fin, su gloriosa carrera con la palma del martirio, sacrificado al capricho de un tirano, sellando con su sangre la pureza de la doctrina que nos habia enseñado; triunfando así de todos sus enemigos. Y si nosotros no los tenemos exteriores que nos obliguen á tanto, los tenemos dentro de nosotros mismos, mucho mas peligrosos, que nos pueden vencer como la espada de los tiranos. Y ciertamente que mal podrán resistir el furor de los perseguidores, los que se rinden vilmente al atractivo del interes y de la vanidad, de la ambicion y de los respetos humanos, de los deleites y de las pasiones; oprimidos, como los fariseos, con el peso afrentoso de los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, iniquidades, engaños, impurezas... con el tormento infame de la envidia, la blasfemia, la soberbia y la necedad, olvidándose al mismo tiempo de quanto deben á Dios y su divina ley: en tal caso, hermanos míos, ¿cómo podremos imitar la constancia del apóstol de nuestra fe, ni tendremos valor de confesar esta con peligro de lo que mas amamos? Esto es una ilusion; á dos señores á un tiempo es imposible agradar: solamente obedeciendo á la ley de Dios, se adquiere gracia y valor para confesarle sin vergüenza y sacrificar hasta la vida, si es necesario, en su defensa.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza; pero la divina gracia todo lo vence, y los hace fáciles de llevar; cualquiera otra carga te pesa, dice san Agustin, mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la de Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas, parece que la alivias del peso; pero quanto mas la alivias de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Mira pues en tierra á la

que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás cómo vuela. Cautivemos así nuestros entendimientos, amados fieles, sujetando nuestros corazones al yugo suavísimo de la ley de Jesús; dilatemos con la santidad de nuestras costumbres su dulce imperio sobre la tierra, y el santo apóstol de las Españas nos hará participantes de su corona en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Jubilate Deo omnis terra ; servite Domino in lætitia.

Alabad á Dios, pueblos de la tierra : servid al Señor con alegría.

Salmo 99. v. 1.

Ahí teneis en san Sebastian, héroe de vuestra devocion, á un cortesano del cielo que habiendo sido hombre como nosotros, se santificó en medio del bullicio de un mundo lleno de simulacion y de artificios : á un santo admirable en los afanes y ocupaciones de la vida militar : á un soldado noble, valeroso y discreto con todas las virtudes de los anacoretas del desierto : á un hijo predilecto de la iglesia entre los idólatras : á un mártir esclarecido que padeció y murió gloriosamente por Jesús... al que es conocido comunmente por nuestro médico celestial, por el exterminador de la peste, por el remediador de nuestros males, y [por el procurador de nuestros bienes. Ahí teneis al que eligieron vuestros padres por su patrono, por su abogado, por su protector, por su maestro y por su modelo en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la buena vida y en las virtudes cristianas que formaron su carácter. Ahí en fin teneis al santo que os legaron vuestros ascendientes, para que siendo sus devotos tengais en él vuestro consuelo, vuestro amparo, vuestra defensa, vuestro ángel tutelar y todo lo que necesita el cristiano para ser virtuoso en la vida, justo en la muerte y santo en el cielo.

¿ Venis á celebrar su memoria con el espíritu profano que se ostenta en esas fiestas cívicas que tanto agradan á los hombres de nuestro siglo, ó con las disposiciones religiosas que tan bien